

## 92 Y CONTANDO...

Nací en el verano de 1933 en la segunda sección de Lavalleja, cerca del pueblo Solís. Mi hogar se ubicaba en campos de propiedad de los abuelos paternos, dos ranchos de terrón y paja contruidos con la ayuda de los hermanos paternos, catorce en total. Mi madre provenía de la decimotercera sección de Lavalleja, donde vivían sus padres y diez hermanos. Mis cuatro abuelos habían llegado al país entre 1873 y 1890, provenientes de las Islas Canarias, España, en busca de nuevas oportunidades, trayendo consigo la esperanza de una vida mejor en tierras lejanas. Mis padres, allá por 1937, trabajaban en su chacra con dos hijas, mi hermana con dos años y yo con cuatro. Y en esa época llegó a mi vida la Poliomielitis, enfermedad muy grave según el pronóstico del único médico del pueblo Solís, que aconsejó, ante la consulta, a mis padres y abuelo el traslado inmediato a Montevideo. De allí partimos hacia la capital, dejando a mi hermana al cuidado de la abuela y tías. Luego de unos días de mi internación en el hospital, regresó el abuelo a tranquilizar a la familia sobre mi situación. Mis padres no conocían Montevideo y no contando con recursos permanecieron en el hospital pasando situaciones muy difíciles. Después de una pequeña mejoría en mi estado de salud, retornó mi padre al hogar, era necesario continuar sus tareas en el campo y estar cerca de mi hermana. Al cabo de cuatro meses de internación volví a casa junto a mi madre, quien no se había separado de mi en ningún instante, sin salir del hospital. Pero quedaron secuelas de la cruel enfermedad ya que apenas caminaba. Al momento de iniciar la escuela pude hacerlo trasladándome a caballo, acompañada de mis dos hermanas. Concurrimos a la Escuela Rural número 75, que pasó luego a Escuela Granja, lugar donde se fundó un club agrario dependiente del Movimiento de la Juventud Agraria. Este organismo, con sede en Montevideo, enviaba técnicos asiduamente a asesorar a los jóvenes integrantes de nuestro club, denominado "Trabaja y Canta". Desarrollábamos proyectos de cría de animales, siembras, manualidades y actividades sociales entre otras. Tuvimos oportunidad de intercambiar visitas y experiencias con distintos clubes del país y de recibir tres jóvenes de EE.UU. que llegaron becados a convivir en los hogares de los integrantes del club. Lo mismo sucedió con dos miembros del nuestro que visitaron el mencionado país para luego enriquecernos con sus experiencias. En esta etapa de juventud en mi vida me veía ante la imposibilidad física de viajar diariamente para asistir a algún liceo en Minas, ya que en la más cercana Solís, no existía. Procurando una solución para estudiar algo, me inscribí en una academia de Montevideo para realizar cursos por correspondencia: Secretariado Comercial y Taquigrafía. Semanalmente un familiar concurría al Correo de Solís a retirar el material de estudio y luego de realizadas las actividades enviarlas para su corrección. Esto me permitió adquirir habilidades, destrezas y sobre todo confianza en

mí.

Llegado este momento recurrí, ante la convicción de que podía desempeñar algún trabajo, a la Intendencia Departamental solicitando una entrevista al señor secretario, quien me manifestó que de producirse alguna vacante me llamaría. Efectivamente ello sucedió e ingresé a trabajar en la Oficina de Personal, etapa muy fructífera por las experiencias compartidas junto a los compañeros de labor y sus familias, permitiéndome además independencia económica. Destaco que en esa época no existían políticas de inclusión laboral para discapacitados, por lo que obtener un empleo para mí fue un logro en lo personal y familiar, la prueba de que la determinación puede romper barreras invisibles. Pero el trabajo implicó vivir durante los días hábiles en pensiones en Minas, retornando los fines de semana al hogar familiar. Posteriormente fui presupuestada y más tarde jefe de la misma oficina. Integré el gremio municipal actuando en secretaría con varios inconvenientes en la época de la dictadura. Durante una huelga que involucró a los municipales, ocho compañeros de la directiva fueron detenidos y trasladados a la cárcel de Campanero. Y a mí, debido a mi situación, me enviaron al domicilio de mis padres en la segunda sección hasta que se solucionara el conflicto. Fruto de mi trabajo logré adquirir un auto adaptado a mis necesidades permitiéndome mayor movilidad ya que hasta ese momento me movilizaba caminando con la ayuda de un bastón. Además, logré cumplir el sueño de mi madre de venir a vivir a Minas, adquiriendo una casa la cual disfruto hasta la actualidad.

Al jubilarme, añorando actividades, tuve la oportunidad de integrar Cáritas Parroquial y Diocesana y luego Vida Plena, institución que trabaja en pro de los discapacitados.

Paralelamente comencé un curso sobre tapices, actividad que me entusiasmaba realizar, al igual que tejidos en crochet, ñandutí, frivolité entre otros, vendiendo estos artículos en una pequeña mercería que instalé en aquellos años. Cumplí otro proyecto: escribí un libro: "Vidas", un pequeño relato de la historia familiar compuesta por padres, hermanas, abuelos, veintitrés tíos y ciento treinta y seis primos.

Hoy, mirando para atrás me siento agradecida a Dios y a los seres queridos, realizada en mi vida y con una visión positiva, a pesar de las adversidades y momentos de lucha, con noventa y dos años continúo esperanzada que lo mejor está por venir.

LA TÍA.